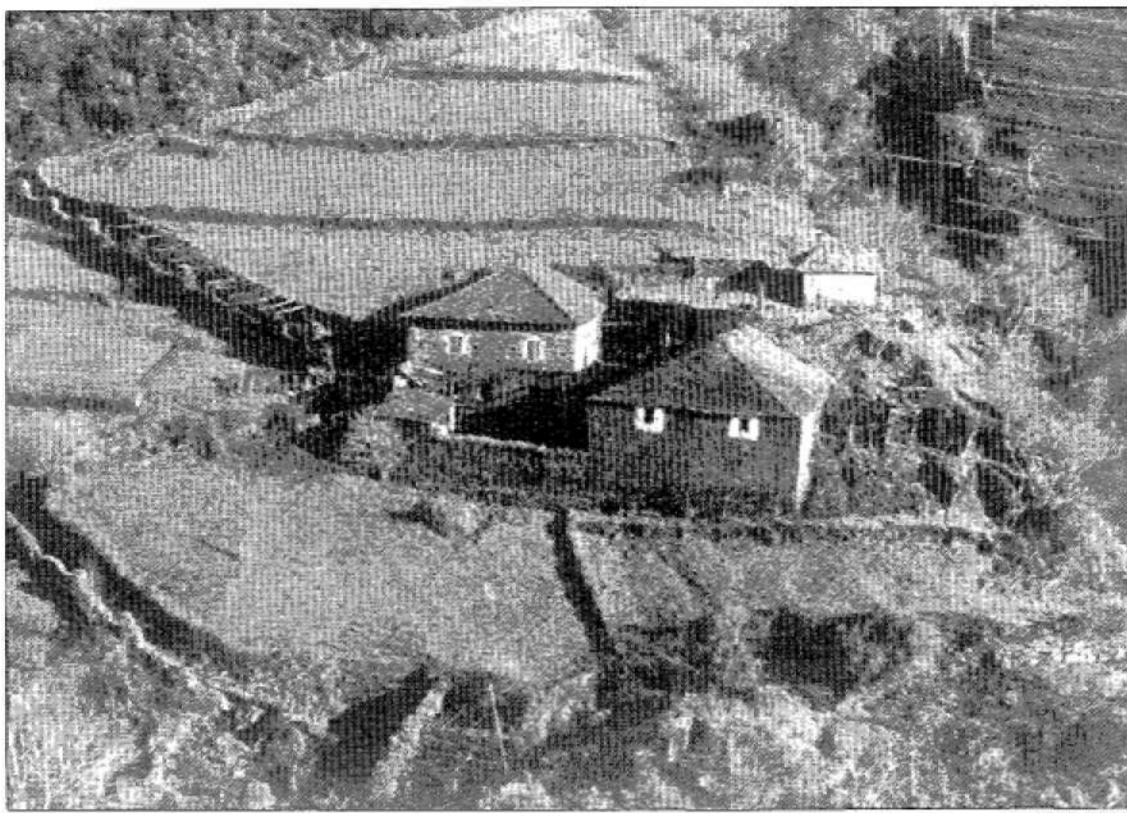


OCCIDENTE



Mazo de Mon será inundado por las aguas del futuro embalse de Pesoz. A la derecha, Elena, la joven del pueblo, junto al mazo de la localidad.



Mazo de Mon, la aldea sentenciada

El pueblo que visitó la Infanta Cristina desaparecerá bajo el embalse de Pesoz

Mazo de Mon (San Martín de Oscos), Jorge JARDÓN

Cuando sucumba bajo las aguas del embalse de Pesoz, la Infanta Cristina será una de las pocas personas que podrá revivir la experiencia de haber pasado unas horas, de haber traspasado aquel puente rústico de madera, recorrer toda la casa y las dependencias anexas, de compartir vino de la tierra y café con aquellas gentes condenadas a la modestia y al aislamiento más duro. Nos estamos refiriendo al Mazo de Mon, un pueblo en el que sólo vive una familia, Aquilino, María Inés y Elena, la hija menor del matrimonio.

No es fácil imaginar que un día cualquiera, caminando durante más de hora y media por un sendero de cabras, aparezca en un lugar así, al que la curiosidad no ha llevado jamás a los vecinos más cercanos, la hija de los Reyes de España acompañada de un reducidísimo grupo de acompañantes.

Y es que llegar a Mazo de Mon no resulta cómodo ni sencillo. Enclavado en lo más profundo de San Martín de Oscos sólo se llega a pie después de caminar un buen tramo a través de Ventosa. Desde hace un año, la bajada es más llevadera, si se hace a través del concejo de Pesoz. Como el pequeño caserío queda casi en el límite entre los dos concejos, se ha visto favorecido por la construcción de una pista que llega hasta el final del término de Pesoz.

Por si alguien tuviera interés en conocer este rincón único, y más ahora que está llamado a desaparecer, lo cómodo dentro



Maria Inés con un retrato del Príncipe que llamó la atención a la Infanta Cristina durante su inesperada visita a la zona.

de lo incómodo es tomar la carretera a Villamarzo y desde aquí seguir una pista en bastante mal estado y a una altura considerable sobre el río Ahío. Se pasa por la comuna de alemanes de Sequeros y se llega en seguida al límite de Pesoz y al final del camino en coche. A partir de aquí habrá que andar monte abajo durante una media hora hasta dar con el Mazo de Mon.

María Inés Martínez, la dueña de la casa, recuerda que vio al grupo de visitantes regios desde la ventana de su casa, pero que ni tan siquiera sintió curiosidad por ello y prefirió seguir amasando pan y preparando la pasta de la

empanada. Fue poco después, una vez que llamaron a la puerta de su casa y se presentaron, cuando conoció que no se trataba de una visita cualquiera.

No recuerda Inés si desde entonces transcurrieron seis, siete u ocho años, pero sí conserva una grata impresión de aquellas dos horas en que la Infanta Cristina compartió mesa, vino y café con ellos. Acudió acompañada por una maestra de Madrid, un escolta, un guardia civil de Castropol, el médico de San Martín y otro vecino más, y recorrieron toda la casa, la capilla, el mazo y disfrutó haciendo fotografías de todo el entorno.

Dice Inés que una de las grandes sorpresas de la Infanta se produjo cuando entró en una de las habitaciones de la casa y exclamó admirada «mira, una foto de mi hermano». Y es que, efectivamente, sobre una de las camas se encuentra colgada una foto del Príncipe Felipe, de esas que habían sido repartidas en los colegios.

La visita, por lo demás, estuvo cargada de buen humor, desde el momento en que Aquilino, su marido, hizo una recomendación a la Infanta al caminar por las viejas maderas de la casa, «no piséis fuerte en el suelo que podéis caer a la cuadra y no miréis mucho al techo no os vaya a caer alguna telaraña». Dice Inés, que se reía la Infanta con esas cosas y que disfrutó probando el vino familiar y el café puro de la casa.

El Mazo de Mon es, por otra parte, un lugar propio para curiosearlo todo de cabo a rabo. Es un lugar apartado hasta el infinito y casi autosuficiente. Aquilino, que ese día no se encontraba en casa, es además el «alcalde de sí mismo, de su mujer y de su hija». Seguramente no habrá en España otro alcalde pedáneo que no tenga más subditos que los de su propia casa. «No tiene a quien protestar más que a nosotras dos», dice Elena, la única hija que vive con ellos en la casa.

Además de alcalde, la casa cuenta con una pequeña capilla de San Juan para uso de los tres moradores, en la que se dice una misa al año, un puente de madera para ellos solos y también una planta de producción de corriente con un mazo para suministrar energía a la casa.

El final de un caserío insólito e insuficiente

Mazo de Mon, J. J.

Aquilino Lombardero tiene un pequeño taller de forja en donde hace sus pequeños trabajos y una especie de cestería, aunque lo que haga sea para uso de la propia casa, ya que, dice Inés, «hacer un cesto es más trabajoso de lo que pagan por él, ya que los que hacemos aquí son de castaño, de avellano y de roble de primera calidad».

La autosuficiencia del caserío pudiera completarse con los viñedos, ricos en blanco y tinto de la zona, y con los animales domésticos más dispares.

Pronto, tal vez antes de lo que muchos deseasen, este lugar insólito quedará sólo en el recuerdo de los pocos que han tenido el acierto de acercarse hasta él. María Inés, que lleva casi treinta años viviendo allí, supone que «si ahora llora cada vez que le muere una gallina, con más motivo lo hará el día que el agua le obligue a decir adiós a toda una vida, puesto que en aquel escenario han nacido sus siete hijos». En cambio su hija Elena, a sus 16 años, está deseando que llegue ese momento y poderse ir a vivir a otra parte. Y no pide mucho. Grandas es su única ambición. Y Aquilino será, sin duda, el último alcalde que tuvo el Mazo de Mon.

CALZADOS TROTTER REBAJAS
C/. Covadonga, 32. OVIEDO